



*Tejiendo
mi
destino*

Construyendo un mundo a tu lado

Tejiendo mi destino

Construyendo un mundo a tu lado

Victoria Coca

ISBN:

A mis padres, a los que les debo la vida, y ojalá durante todo lo que me quede por vivir, pueda regalarles los mejores momentos de las suyas. Son las personas más importantes que tengo en este mundo, y no puedo sentirme más orgullosa y feliz de tenerlos a mi lado.

Me enseñaron a pensar con el corazón, por eso, les agradeceré siempre la forma que tuvieron de educarme y criarme, sé que la persona que soy hoy es en buena parte gracias a ellos...

Introducción

El pasado

Los obstáculos solo están en tu cabeza

Es mejor saltar que quedarse parado y esperar

Viaje a una nueva realidad

Cuando piensas que no te puede pasar, ¡sucede!

Escucha lo que tu corazón quiere decirte

Tu tren está a punto de partir, dirígete al andén!

La felicidad existe, ¡atrévete a descubrirla!

¡No temas al amor si un día toca tu puerta!
Desconectando la cabeza, conectando con el corazón
Cambio de rumbo
Disfruta del cambio, sácale el jugo a la vida
Sonríe, ha llegado el momento de saborear la vida
Continuará...

Introducción

Empezaré explicando quien soy y porque he querido escribir este libro que ahora está entre tus manos y estás a punto de leer.

Mi nombre es Victoria, y escribí estas hojas con la intención de poder ayudar a aquellas personas que, como yo en su día, necesitan ese empujón para realizar un salto, un cambio vital y necesario hacia su propia felicidad o hacia aquello que pueda aportar luz a sus vidas.

Aquí narro parte de mi historia, un relato que empieza en mi pasado para llegar hasta el más presente de mis días, contando todo lo que he tenido que vivir, sufrir y modificar, para que hoy pueda estar sonriendo y disfrutando de la vida como nunca, intentando ser feliz a cada instante.

Este libro no es ningún manual de autoayuda donde poder encontrar soluciones o trucos para la vida, es más una historia real, donde una persona de carne y hueso como podrías serlo tú, lucha por afrontar muchos de sus miedos e intenta perseguir algunos de sus sueños saliendo de un bucle de infelicidad en el que parecía haberse instalado eternamente.

Entre las líneas de este libro cuento una bonita historia de amor, la mía. Un relato en el que intento explicar cómo vivía atrapada en una relación que no me hacía feliz, un tiempo pasado donde a pesar de no sonreír los miedos no me dejaban escapar, manteniéndome paralizada. Pero un día todo empezaría a cambiar, un tiempo en el que lucharía por recuperar de nuevo mi sonrisa, una realidad en la que una persona lo desencadenaría todo...

Poco a poco me iréis conociendo, partiendo de un pasado infeliz hasta el salto que decidí realizar, pasando por diferentes épocas de mi vida, en las que complejos, mie-

dos, inseguridades, pequeños logros y hasta un gran amor que apareció sin avisar, hilaron nuevos caminos que cambiarían por completo mi destino....

Esa luz y ese empujón que necesitaba llegaría un día en forma de persona, alguien que apareció en mi vida sin avisar un 9 de marzo del año 2016, más concretamente, a las puertas de mi oficina...

Aquí comienza una historia basada en hechos reales, que trata de emociones, sentimientos, miedos, ilusiones y grandes cambios que tejerán el presente que siempre había soñado....

[09/03/2016 14:09:13] *** Sergio zarate quiere añadirte a Skype

No sería correcto comenzar la historia desde aquí, mejor empezaré por el principio para ayudaros a entender todo lo que tuvo que suceder antes de que me enamorara de él...

*Todas las conversaciones que aparecen, son reales. Por ello, podréis encontrar faltas de ortografía o abreviaturas gramaticales ya que han sido sacadas de los historiales.



El pasado

“Al que juzgue mi camino, le presto mis zapatos”

Muchas veces nos juzgan sin ni siquiera conocer el camino que nos ha tocado recorrer, a mí me ha sucedido en varias ocasiones como seguramente te haya podido ocurrir también a ti.

Hubo un tiempo en el que pensé que quizás lo que estaba viviendo era lo que me tocaba vivir, sin importar si eso realmente me hacía feliz. Decidí incluso tirar la toalla, convenciéndome de que todo aquello que no me aportaba nada era lo que realmente merecía, aunque tuviera tan solo veintitrés años. Pensar así era realmente el único error que cometía, pues aquellos momentos eran los mejores para comenzar a sentir la vida.

El conformarse no era mi único error, también lo era sentirse pequeña o vencida cuando tienes toda la vida por delante o incluso pensar que se nos pasa el arroz y siendo igual las circunstancias en que puedas encontrarte, sería una memez sentirse minúsculo o rendido, siempre hay opción para encontrar la felicidad, lo único que hay que saber es cómo hacer para que esta aparezca en nuestras vidas.

Recuerdo cuando pude darme cuenta de ello, fue exactamente el momento en que mi cabeza solo me decía que debía conformarme con esa vida que estaba llevando, desde hacía años. Algo dentro de mí me pedía a gritos que hiciera algo, que dejara de utilizar tanto la cabeza, que me diera cuenta de lo que mis ojos podían llegar a ver, si me empeñaba en ello, fuera de aquella realidad.

Siempre observaba gente feliz a mi alrededor, regalando sonrisas sin necesidad de forzarlas, momentos en que algo de envidia me invadía haciéndome formular la misma

pregunta, ¿Por qué yo nunca conseguía disfrutar de ese estado como lo hacían ellos?

Tras cansarme de hacerme siempre esa pregunta, sin conseguir ninguna respuesta, decidí que llegaba el momento de realizar algún cambio, de dar ese "salto" que necesitaba para hacer que todo lo que un día creí perdido, volviese a mi presente para siempre.

Las cosas se aceptan, se cambian o se dejan

Ese cambio que yo llamo tomar una decisión o dar un salto, es esa acción que hace que te lances por cambiar y mejorar tu vida, cuando ya te has cansado de lamentarte o de seguir llorando buscando mejorar, luchando por hacerte más fuerte de lo que pensabas y seguir adelante como deberíamos hacer siempre.

Al principio tuve mucho miedo, sobre todo al llamado "qué dirán", y a poder ser juzgada por todo el mundo, algo inevitable cuando decidimos tomar una decisión que afectará también a la vida de terceras personas.

Ese miedo, ahora después de haber pasado por todo aquello, puedo asegurar que desaparece de repente cuando llega el momento en que te decides a dar el salto, instante en el que te das cuenta de cómo realmente esos miedos los creamos nosotros mismos y son únicamente obstáculos que nos impiden llegar a nuestros objetivos o sueños. Limitaciones que solo existen en nuestra imaginación, obstáculos que siempre dependieron de nosotros mismos y que siempre pudimos hacer desaparecer, simplemente, afrontándolos.

Pude darme cuenta de que realmente lo único que hacía que me conformara con la vida que tenía y también con el hecho de ser una infeliz, era yo misma. Sabía perfectamente muchos de los cambios que debía realizar y cómo tenía que hacerlo para poder sonreír de nuevo y empezar a vivir esa vida que tanto ansiaba.

Pero a pesar de ser consciente de que estaba en mis manos conseguirlo, nunca era capaz dar el más mínimo de

los pasos que me ayudasen a volver a sonreír, por miedo.

Siempre me sucedía lo mismo, barreras y obstáculos venían a mí como cubos de agua fría cada vez que me decidía a tomar una decisión o dar un paso, y eran estos mismos los que hacían que me volviera para atrás y regresara a esa zona que podría llamar "mi zona de confort", donde seguía infeliz, pero tranquila porque todo era lineal, sin cambios y por ello también sin más o distintos problemas.

Es complicado salir de algo, y más cuando llevas muchísimos años metido en ello, pero una vez te decides a hacerlo y das un primer paso, te das cuenta de que jamás fue complicado.

Antes de decidirme a cambiar mi forma de ver las cosas, de dar el paso, avanzar y seguir adelante, tuve miedo. Me creé una barrera en mi cabeza, obstáculos que no existían y temía realizar cambios radicales, debido al "qué dirán" y a todos aquellos daños colaterales que aparecían después o a todo cuanto dejaba atrás...

Una cosa que no tenía clara en esos momentos, pero que a día de hoy puedo decir que es de lo primero que pude darme cuenta, es que no puedes ganar sin antes haber perdido.

Y aunque me llevaría aún tiempo comenzar a caminar por esa nueva "yo" que parecía querer nacer, una frase me ayudaría a recordar que....

"Todo lo nuevo y bueno en la vida, nace de un salto al vacío"

Alan Moore

Comprendía que ese pensamiento en forma de remordimiento que nos corroe por dentro cuando pensamos en lo que podemos perder, no nos deja ver tampoco todo lo que podemos ganar después, todo aquello que puede llegar a nuestras vidas sin tener que buscarlo y esa felicidad que al final nos invadirá tras salir de algo que no nos aportaba nada.

Muchas veces nos conformamos en una vida infeliz o sinsentido por ese tipo de educación que hemos recibido o el estilo de vida que hemos llevado. Seguramente como a mí me ha sucedido, te has criado entre la sociedad que cree que cuando llevas toda la vida con alguien, sería un pecado mortal pensar en separarte por sentirte infeliz. Esta sociedad quiere que pienses que tener hijos, comprarte una casa o pasar por el altar será lo que al final arregle esa infelicidad, un sistema que parece decirte y saber lo que se necesita en esta vida para sonreír. Pero, ¿Por qué hacerlo? ¿Acaso no es más importante luchar por nuestra propia felicidad, que por esa que parece dictarnos la sociedad?

Por fortuna en mi realidad, contaba con unos padres que siempre valoraron mi libertad. Nunca me exigieron que estudiara una carrera, o que me casara o tuviera hijos, lo único que siempre priorizaron fue que escogiera todo lo que me pudiera hacer feliz, y seguramente mucha de la historia que ahora os cuento les deba muchas cosas buenas a ellos.

Y esa sería mi solución precisamente, buscar todo aquello que me aportara felicidad o me hiciera sentir viva, comenzando por buscarlo en personas, trabajos, estudios o incluso aventuras en nuevos países.

El problema de ir probando, es que no encontraba la verdadera felicidad, ya que había buscado por todas partes menos en un lugar, el más importante de todos, en mí misma.

En mí se hallaba la solución para empezar a sonreír, allí podría encontrar el valor y coraje suficiente para poder salir de aquel bucle que me mantenía atrapada y muerta en vida.

Como comprenderás, no es tarea fácil encontrar la felicidad ni salir de algo que lleva siendo tu vida durante tantos años (once en mi caso), de hecho, para mí, se convertiría en una de las decisiones más costosas y difíciles de toda mi vida.

Sé que estarás pensando que es muy fácil pensarlo, pero muy complicado hacerlo, y no te quito la razón, pues eso pensaba yo también cuando alguien intentaba ayudarme contándome todo lo que había llegado después. Pero por mucho que me intentasen ayudar o hacer ver, yo no entraba en razón, por eso tardaría prácticamente cuatro años en poder salir de algo que no me hacía feliz.

Durante todo el tiempo que tardé en decidirme busqué el consuelo y apoyo de mis amigas, pero a pesar de que me dijeran verdades o me mostraran realidades que yo no quería aceptar o ver, no era capaz de tomar una decisión, prefería seguir quejándome y escuchar consejos manteniéndolos en el recuerdo, que actuar por y para mí.

No quisiera que pudieras malinterpretarme y pensar que hago entender que es algo fácil de hacer, porque mi intención es que comprendas que, para mí, fue una de las decisiones más costosas y difíciles, pero que a pesar del tiempo que me llevó, finalmente conseguí.

Los inicios de esta historia se remontan al año 2005 cuando yo tenía 15 años. Era tan solo una cría, pero decidí meterme de lleno en una relación, una historia que sin saberlo terminaría durando once años.

Siendo una inexperta y teniendo poco conocimiento en estas cosas, en plena adolescencia estaba enfrascándome en una relación seria. Por aquellos entonces, mi grupo de amigos era un poco diferente al deseado por los padres, gente un tanto conflictiva, personas que empiezan a ton-tear con las drogas y que no quieren estudiar. La única persona que se salvaba de todo ese círculo era mi mejor amiga Vanessa, un ángel de la guarda que siempre me acompañaba pese a no estar de acuerdo con mis raras amistades, y gracias a ella también, no terminaría tropezándome yo también con las drogas o con cosas incluso peores.

Mis padres pasaron aquellos años de mi adolescencia bastante preocupados (como podía ser normal), en la que mis notas en el instituto digamos que no brillaban, y en lo

único que destacaba por aquellos tiempos, era en coleccionar partes de mal comportamiento, ausencias injustificadas y avisos de mis tutores hacia mis padres de que algo estaba sucediendo conmigo.

Recuerdo que cuando empecé la relación, ese círculo de amistades peculiares fue desapareciendo y cambiando, siendo Vanessa la única persona que mantendría a mi lado.

En mi casa se percataron de que estaba cambiando, de que al fin empezaba a comportarme debidamente, las notas ahora eran buenas, ya no existían faltas injustificadas y las llamadas de los tutores habían cesado. Parecía que aquella pesadilla había terminado, ahora tenían una hija aplicada en los estudios, con una pareja seria y amistades normales.

Estaban tan tranquilos de que su hija al fin “asentara la cabeza”, que pasaron por alto algo que creo que deberían haber tenido más en cuenta, mi propia felicidad.

Los padres en ocasiones por su tranquilidad y seguridad, se convierten sin querer en personas egoístas y no los culpo, sé cierto que el día de mañana si tengo hijos, a mí me sucederá exactamente lo mismo, porque tener y educar a un hijo, no es tarea fácil.

Cuando me metí de lleno en la relación no pensé en que quizás era mejor vivir otras cosas, experiencias y realidades que me ayudarían en el futuro, evitando que llegaran a mí complejos y obsesiones que más adelante aparecerían en mi vida para quedarse, sin haber dado ningún aviso de ello.

Durante los inicios de aquella relación, jamás perdí esa etapa que podía llamar de “juventud” porque pude compaginarla haciendo muchas de las cosas que me tocaba vivir. Salidas, viajes y todo lo que viniera, nunca tuve que dejar de planear cosas con mis amigas por existir en mi vida esa “etiqueta” llamada pareja.

Éramos jóvenes e inexpertos y desde el principio pudimos darnos cuenta de que la relación era una especie de

“autoengaño”, ya que eran más los días pasados en compañía de amistades o fiesta que de esa pareja que en teoría éramos, algo que nunca cambió.

Era tan absurdo aquello, que llegábamos a vernos uno o dos días a la semana como mucho. Quizás debimos darnos cuenta en ese mismo momento de que no tenía sentido estar por estar y porque ya tocaba, pero las cosas sucedieron así y la verdad, que por todo lo que he aprendido y ha podido llegar a mi vida después, no me arrepiento de esa etapa que postergamos durante más de once años.

Durante el tiempo que duró viví atrapada en aquel sin-sentido, llegando a infravalorarme por cosas que estaba aceptando y sucedían a mi alrededor, tuve que ser fuerte y comenzar a entender que llegaba el momento de realizar algún cambio, activarme y seguir hacia adelante por y para mí.

En los momentos que me sentía infravalorada o crecían en mí pensamientos negativos, culpaba de ello a las personas que en esos momentos tenía a mi alrededor, echando balones fuera y responsabilizando a los demás de lo que me sucedía. No me daba cuenta de que la culpa la tenía yo, mi cabeza y la forma en la que veía y sentía las cosas. Si yo aceptaba una situación que no me hacía feliz, la causante de todo el dolor era yo misma.

Uno de mis mayores problemas era que valoraba a todo el mundo menos a mí, y siempre buscaba la aprobación de los demás para tomar cualquier decisión. Si yo creía que algo me iba a hacer feliz, no lo hacía si alguien no me decía o aconsejaba hacerlo, me había convertido en una persona dependiente de los demás, alguien que no podía dar el mínimo de los pasos sin el consentimiento del mundo.

Eso hizo que me fuera haciendo poco a poco más y más pequeña, frustrándome por no hacer lo que realmente quería o sentía, y situando siempre el problema en los demás, cuando me tendría que haber dado cuenta de que real-

mente no estaba donde era feliz porque yo NO quería, no porque nadie me lo impidiera.

Hubiera podido elegir muchísimos caminos para sonreír antes, pero el miedo y el sentirme tan insignificante me lo impedían.

Tenía pánico a poder realizar un cambio radical y que eso conllevara ser la comidilla de todo el mundo y sufrir el temido “qué dirán”, estaba aterrada por todos aquellos daños colaterales del cambio y las posibles pérdidas que estos conllevan.

La vida me mostraría estas y otras respuestas haciéndome entender que todo, incluso el miedo y el dolor habían merecido la pena.

Llegaría el día en que yo misma me formularía una pregunta que solo admitía una simple respuesta...

¿Qué pasaría mañana si te dijera un médico que te quedan “x” meses de vida?

La respuesta era fácil, ¡vivir! Vivir sin importar los miedos o el deber o no contentar a otras personas. Nadie, absolutamente nadie más que yo sabía lo que podía hacerme feliz, y si esta pendía de un hilo, era mi deber afrontar todos los cambios y decisiones para que mi felicidad siguiera estable.

Muchas veces esperamos a que suceda algo malo, para darnos cuenta del valor que tiene estar vivos, de la importancia de intentar cumplir nuestros sueños y objetivos, de vivir la vida como nos gustaría hacerlo y no como la sociedad de hoy en día nos dicta.

“La vida es tuya, de nadie más. Las decisiones las tomas tú, porque las consecuencias las asumirás solo tú”

La sociedad critica constantemente tus decisiones, tu forma de ver o vivir la vida. Pero nunca van a ayudarte a cambiar la trayectoria de tu camino, tampoco te traerán soluciones, sino al máximo todo lo contrario. Te criticarán, serás la comidilla de mucha gente, ¿Pero y qué?, ¿Eso tiene que hacerte frenar tus impulsos? ¿Eso tiene que hacerte ser